

CELCIT. Dramática Latinoamericana 424

# EL TRATO

Carlos Molano

*Cuando nuestros deseos dependen de un tercero para hacerse realidad, son necesarios los tratos.*

PERSONAJES: M (3) / F (2)

Marco  
Diego  
Doris  
Astrid  
Doctor Iriarte

## ESCENA I

**De cómo cualquier conversación puede convertirse en un trato.**

*Solo de violonchelo.*

La ciudad se siente siempre aletargada a las dos de la tarde, especialmente porque la hora del almuerzo suele causar estragos en aquellos que vuelven a sus trabajos sin tener antes la precaución de tomar una taza de café. Mientras la capital se disipa entre la rutina de un día cualquiera a mitad de semana, en el apartamento de Marco la situación también se ha hecho rutinaria. El pequeño espacio huele a recuerdos. Todas las casonas del centro histórico huelen a lo mismo, aunque hayan sido remodeladas cientos de veces hasta atomizarse en minúsculas residencias. Los pisos de fina tablilla, las ventanas con postigos, las pesadas puertas, los techos altos y las paredes de tapia con injertos de cemento, van muy bien con el viejo mobiliario, el cual Marco prefiere por sobre cualquier tendencia en decoración, por avasalladora que esta sea. El contraste se da más bien entre el espacio y el personaje que lo habita. Marco contrapone su temperamento fogoso, con el blanco y caoba imperantes en su lugar sacro. Diego, quien vive en un moderno edificio en la Zona Rosa, le hace compañía a Marco en el único cuarto. Discuten, como es habitual desde que su amistad dejó de serlo, pero lo hacen sin dejarse llevar por el enojo:

*(Hebilla de cinturón que se abre, cremallera que baja y roces de tela de jean).*

MARCO: Hagamos un trato.

DIEGO: No voy a hacer ninguna clase de trato, Marco.

MARCO: Sólo escúchame.

DIEGO: Bájate los calzoncillos y date vuelta. *(Hebilla de cinturón. Roces de tela de jean).*

MARCO: ¿Por qué te pones tan difícil?

DIEGO: ¡Ja! Ahora yo soy quien se pone difícil. ¡Qué cara dura! ¿Acaso piensas quedarte con los pantalones a los tobillos durante el resto del día?

MARCO: Vamos a darnos un momento, Diego. La estábamos pasando relativamente bien y ahora te pones intransigente. Dame unos minutos mientras me preparo psicológicamente.

DIEGO: Siempre es lo mismo: Tres años como pareja, e invariablemente quieres imponer tus condiciones. ¡Mira la hora!

*(Hebilla de cinturón. Roces de tela de jean).*

MARCO: Para ti es fácil decirlo. ¡Es mi trasero el que va a quedar adolorido!

DIEGO: Prometo que esta vez tendré más cuidado.

MARCO: *(Suplicante)* Nooo... estábamos hablando del futuro. ¿Podríamos continuar haciéndolo?

DIEGO: Corrección: tú hablabas disparates y yo trataba de organizar tu desorden hasta que me di cuenta de la hora. Si no te pones boca abajo inmediatamente, vas a tener que conseguir a alguien más.

MARCO: Hagamos un trato.

DIEGO: No voy a hacer ninguna clase de trato, Marco.

MARCO: Sólo escúchame.

DIEGO: Bájate los calzoncillos y date vuelta.

MARCO: Podemos hacer esto: Yo me bajo los calzoncillos, me pongo boca abajo y hablamos “durante”.

DIEGO: No prometo seguir tu juego.

MARCO: ¿Es un trato?

DIEGO: Quiero verlo.

*(Hebilla de cinturón. Roces de tela de jean. Crujidos de cama de madera. Resortes de colchón ortopédico. Estuche metálico de acero que se pone sobre mesa de noche de madera de roble. Elemento de vidrio y elementos de acero que se mueven dentro del estuche. Tapa metálica de acero del estuche que se abre. Dedos que tientan entre el estuche metálico. Frasquito de vidrio que es levantado de la mesa de noche. Pausa. Frasquito de vidrio que es colocado en la mesa de noche. Elemento de vidrio que se coloca sobre pequeña bandeja metálica esmaltada que se encuentra sobre mesa de noche).*

MARCO: Si también me puedes inyectar la dosis de las diez, nos vamos a ahorrar una discusión..., y una nalga encalambrada.

DIEGO: Las horas del antibiótico se respetan, Marco. No esperes ninguna consideración.

*(Botella de vidrio “medio vacía” que se levanta de la mesa de madera de roble. Líquido en la botella que se agita. Tapa metálica que se desenrosca. Tapa metálica que se coloca sobre la mesa de noche. Mano que se introduce en bolsa de plástico. Mano que toma “algo” entre la bolsa de plástico. Mano que sale de la bolsa de plástico. Líquido que se agita al interior de la botella de vidrio. Líquido que se precipita hasta el cuello de la botella de vidrio al ser invertida. Líquido que se detiene en el cuello de la botella de vidrio sin derramarse. Líquido que se agita al volver al interior de la botella de vidrio. Botella de vidrio que es colocada sobre la mesa de noche).*

MARCO: Cuando haya pasado algún tiempo, irás a visitar mi tumba y me contarás cómo te está tratando la vida.

DIEGO: *(Evasivo)*. Cuando era niño, terminaba exasperando a mi pobre madre con mis berrinches. Cuando veía en sus manos una de estas viejas jeringas de vidrio, me moría del pánico.

MARCO: Me dirás que me extrañas, pero que ya has aceptado mi partida. Dirás que el duelo ha sido más fácil, porque hiciste todo lo posible por quedarte conmigo hasta el final.

DIEGO: *(Evasivo)*. Era una cajita metálica idéntica a ésta, la cual es muy práctica, pues siempre ha servido para hervir la jeringa junto con todo un arsenal macabro de agujas de todos los tamaños y de todos los calibres. Cuando veía a mamá dirigirse a la cocina con aquella caja plateada, deseaba con todas mis fuerzas ser grande..., como mi hermano: ¡él parecía no temerle a nada!

*(Tres golpes de la palma de una mano sobre piel lisa).*

MARCO: Cuando por fin decidas visitarme, caminarás perdido entre tantas lápidas. Tratarás de recordar el lugar preciso donde se encuentra la mía, buscando como referencia inequívoca, la sombra que suelen dar los arrayanes a las cuatro de la tarde. La tierra estará cálida y fragante, húmeda aún por la llovizna habitual de las tardes de agosto. Te sentarás sobre la hierba, con esa forma tan afeminada con la cual sueles cruzar la piernas. Limpiarás el mármol frío y pondrás un ramo pequeñito, hecho con las flores que robarás del jardín de aquella casa tenebrosa que está volteando la esquina de donde vives.

DIEGO: ¡Las compraré...! la señora Clara descubrió el robo continuado. Pero, ¿qué digo? ¡Estoy asintiendo! *(Evasivo de nuevo)* Hablaba de las jeringas. Era más fácil cuando estabas en la clínica y te ponían los medicamentos directamente en el suero: ¡tus venas ya no soportan estos venenos!

*(Cuatro golpes de la palma de una mano sobre piel lisa).*

MARCO: Primero, te persignarás disimuladamente, pues todavía te avergüenza demostrar que eres católico; pese a que no pisas una iglesia desde que hiciste tu confirmación.

DIEGO: No esperes a que vaya a visitar tu tumba..., allí sólo habrá huesos.

MARCO: Luego, y conociéndote como te conozco, tratarás de entablar una conversación mental y ultraterrena conmigo, porque no tolerarías que alguien te viera hablándole a una tumba.

*(Tres golpes de la palma de una mano sobre piel lisa).*

DIEGO: ¡Es imposible! No lograré hacerlo con sólo darte nalgadas. Es hora de colaborar un poco, Marco. Relájate o ésta te dolerá tanto como la de ayer.

MARCO: Tendrás que hablarme, Diego, aunque sea en voz *bajaaaaahhh...*

*(Pausa)*. ¡Siempre he tenido muy buen oído!

DIEGO: ¡Sin embargo, no escuchas!

MARCO: Tendrás que hablar..., *¡uuufff!* *(Pausa)* Tendrás que hablar; no soy telépata.

DIEGO: Te estoy diciendo que no iré..., y quédate un momento allí acostado hasta que se te pase el dolor... ¡Quieto y callado, sería mejor!

*(Aguja de acero que cae dentro del estuche metálico de acero. Jeringa de vidrio colocada sutilmente dentro del estuche. Tapa metálica que se ajusta al cerrar el estuche).*

MARCO: Me contarás que Bruno está bien, aunque no soportes tantos pelos en tu alfombra. Me dirás que ya se ha acostumbrado a estar sin mí, que hasta parece quererte; pero..., que no le puedes perdonar que haya mordido y rasguñado tus viejos acetatos de la colección de *jazz*.

DIEGO: No me haré cargo del perro: ¡es tan mal educado como tú! Ya que no puedes permanecer en silencio, tal vez si puedas subirte el pantalón.

*(Resortes de colchón ortopédico. Crujidos de cama de madera).*

MARCO: Ya que la madre va a morir, el padre debe asumir la Patria Potestad.

*(Hebilla de cinturón. Roces de tela de jean).*

DIEGO: No seas ridículo, Marco. No sé por qué te empeñas en mortificarme. No quiero tener ese perro cerca: Tanta baba, pelos y aliento apestoso. ¡No los soportaría! Tus sobrinos serían muy felices si pensaras en ellos.

*(Tapa metálica que es deslizada por encima de la mesa de noche de madera de roble hasta ser levantada. Tapa que es enroscada en la botella de vidrio).*

MARCO: Bruno no debe vivir con sus primos. Es hora de que seas un padre responsable.

DIEGO: ¡No es nuestro hijo...! Es sólo un perro. *(Pausa)*. ¿Por qué no te recuestas?

*(Resortes de colchón ortopédico. Crujidos de cama de madera).*

MARCO: Es lo más parecido a lo que pudimos haber tenido. Si fuésemos una pareja de lesbianas hubiésemos buscado un buen espécimen por ahí. Los buenos genes no abundan, pero, con un poco de paciencia... En cualquier caso, no lo debes llevar al cementerio: ¡debe ser el paraíso para los perros...! huesos enterrados por todas partes, en un jardín inmenso.

DIEGO: ¡Asqueroso!

MARCO: Tienes razón. *(Pausa)*. Acabo de cambiar de opinión. No quiero que me entierren. Es mejor que me cremen. Así podré vivir contigo como siempre quisiste: ¡atrapado en un cofrecito para tí solo! ¡Ja! Los fines de semana me podrás llevar de visita donde mamá.

DIEGO: No quiero escuchar más.

*(Resortes de colchón ortopédico. Crujidos de cama de madera. Crujidos de piso de madera bajo pasos decididos. Pausa. Puerta que se abre).*

MARCO: ¿A dónde vas?

DIEGO: A mi casa. No soporto los efectos secundarios que la quimioterapia tiene en ti.

MARCO: ¡No puedes irte aún! ¡Espera! *(Pausa)*... sólo un momento. ¡Por fis!

*(Puerta que se cierra. Pausa. Crujidos de piso de madera bajo pasos indecisos. Pausa).*

DIEGO: *(Suspira)*. ¿Qué quieres?

MARCO: Que hablemos de nuestro trato.

DIEGO: ¡Nuestro trato...! ¿Cuál trato?

MARCO: Cuando yo esté muerto...

DIEGO: Cuando estés muerto... ¿...?

MARCO: Cuando yo esté muerto, tú hablas... y yo escucho.

*(Solo de violonchelo).*

## ESCENA II

**De cómo las circunstancias pueden llevar a que un trato se rompa.**

La tensión reina en el salón-comedor del apartamento de Marco. Diego se pasea nervioso. Si la luz en la ventana de la buhardilla del pintor que vive a mitad de la cuadra no estuviera encendida, se diría que sólo la casa de Marco insiste en estar despierta a tan altas horas de la madrugada. La calle tranquila es ajena al estrépito mudo que reina en el corazón de Diego..., y detrás de la puerta que lo separa de Marco.

*(Pasos nerviosos sobre piso de madera que se acercan y se alejan. Los mismos pasos que se detienen. Soplido sobre líquido de una taza de boca ancha. Sorbos sonoros. [Segundo plano sonoro]. Pasos en la habitación contigua. Perilla de una puerta que se mueve. Puerta de madera que se abre y luego se entrecierra, procurando no hacer ruido. Pasos un poco más firmes. Todo a media voz):*

DIEGO: ¿Cómo está?

*(Taza de loza con líquido casi al tope que se coloca abruptamente sobre mesa de comedor de madera de nogal).*

DOCTOR IRIARTE: Por fin se ha dormido.

DIEGO: ¿Le provoca una taza de café?

DOCTOR IRIARTE: Gracias, no.

DIEGO: ¡No sé qué voy a hacer con él!

DOCTOR IRIARTE: Por ahora trate de hacer que tome mucho líquido. Está un poco deshidratado.

DIEGO: Es demasiado terco.

DOCTOR IRIARTE: No se va a dejar pinchar una sola vez más. Amenácelo con internarlo nuevamente en la clínica si no se deja cuidar por usted.

DIEGO: Eso seguro servirá.

DOCTOR IRIARTE: Tengo que irme. Debe ser firme con Marco. He sido el médico de la familia por treinta años y sé que su temperamento no es fácil.

DIEGO: Lo acompaño a la puerta.

DOCTOR IRIARTE: No es necesario. Vuelva con él.

DIEGO: ¿Cree que volverá a intentarlo? Digo..., hay tantas maneras de hacerlo y parece haberlas estudiado todas.

DOCTOR IRIARTE: Por ello no deben dejarlo solo. Un poco de asistencia profesional ayudaría. Voy a contactarlo con un amigo que tiene un grupo de apoyo. Podrá venir a hablar con él y hacer que comprenda su situación. Esto ya es bastante difícil para todos y no es justo que los ponga en esta encrucijada.

DIEGO: No creo que acepte algo así, pero, gracias de todas maneras, doctor Iriarte.

*(Pasos. Crujido de piso de tablillas. Perilla que gira. Puerta que se abre. Doris y Astrid se topan con el doctor Iriarte en la entrada. Pasos de tacones altos y tacones bajos que paran abruptamente).*

DOCTOR IRIARTE: Doris.

DORIS: Antonio, ¿Cómo está?

DOCTOR IRIARTE: Está sedado, pero se encuentra fuera de peligro. Debo irme. Diego les contará.

*(Pasos decididos que salen por la puerta principal. Sale el doctor Iriarte. Puerta que se cierra. Pasos de zapatos de tacón que se desplazan en el salón comedor hasta detenerse. Todo a media voz):*

ASTRID: ¿Cómo pudo pasar algo así?

DIEGO: Hoy estuvo en tu casa. Me dijo por teléfono que iría a ver a los niños, pero seguro tenía planeado robar los somníferos de tu gabinete.

DORIS: ¿Estuvieron peleando?

ASTRID: ¡Mamá!

DORIS: Tengo que preguntar, Astrid.

DIEGO: No, señora, todo lo contrario. Anoche me quedé aquí y se veía muy animado. Esta mañana tenía otro semblante, comió todo su desayuno, y hasta cantó mientras se duchaba. Yo me fui a trabajar, y él me dijo que daría un paseo en la tarde.

ASTRID: Lo tenía todo planeado... algo me decía que las cosas no estaban del todo bien. Marco dejó a Bruno con los niños alrededor de las cuatro. Nunca

había hecho algo así, me refiero a dejar al perro en mi casa por más de una hora.

DORIS: ¡Somníferos en el gabinete del baño! ¿A quién se le ocurre?

ASTRID: ¿Y dónde querías que estuvieran?

DORIS: Bajo llave; donde debían estar, y no al alcance de tu hermano o de tus inquietos hijos.

ASTRID: ¡No fue mi culpa! ¿Cómo iba yo a saber?

DIEGO: *(A Astrid)* Por supuesto que no fue tu culpa... nadie la tiene. Fue su decisión. *(Pausa)*. Vas a tener que quedarte con Bruno un tiempo, Astrid..., y tenemos que ponernos de acuerdo para no dejar solo a Marco. Podría volver a intentarlo.

ASTRID: ¡Es un milagro que aún esté vivo!

DIEGO: Fue un error de cálculo. Las pastillas que tomó hubieran sido suficientes para que su cuadro se complicara con un episodio de asma. No tuvo en cuenta que su estómago estaba demasiado irritado para resistir el licor. Por eso terminó desmayándose en el baño, abrazado al inodoro.

DORIS: Siempre tuvo miedo de terminar como su padre: era un hombre tan apuesto, con un aire de tanta gallardía..., y terminar pesando cuarenta y un kilos.

*(Silencio. Suspiros. Chasquido de labios. Taza de loza con líquido casi al tope que se desliza sobre mesa de comedor hasta su borde. [Segundo plano sonoro]. Una silla del comedor que se desliza procurando no hacer ruido. Tacones bajos que con pocos pasos rodean la silla. [Tercer plano]. Tacones altos que con pasos apagados se acercan a la ventana).*

DIEGO: ¿Café?

DORIS, ASTRID: No, gracias.

*(Pasos de hombre que caminan procurando no hacer ruido. Puerta entreabierta que cruje. Pausa. Sorbo de líquido tibio casi al tope de la taza. Piensan):*

ASTRID: ¿Cómo fue capaz de hacer algo así?

DORIS: ¿No se da cuenta de cuánto nos duele?

ASTRID: Lo tenía todo calculado.

DIEGO: Se ve tan cansado ¿Cómo fue capaz de hacer algo así?

DORIS: ¡No lo quiere aceptar! No aceptó lo de su padre..., no acepta lo suyo.

DIEGO: Verlo así me parte el alma.

DORIS: No aceptó lo de su padre y ahora no puede con lo suyo...

ASTRID: Quiso engañarnos..., quiso hacernos creer que...

DIEGO: ¡Estaba bien! Esta mañana estaba bien.

ASTRID: ¿Lo tenía todo calculado?

DORIS: ¡Atentar contra su vida!

ASTRID: No lo quiere aceptar.

DORIS: Es tan egoísta como lo era su padre..., tan orgulloso como lo era él.

DIEGO: Está tan delgado, pero todavía es hermoso. *(Pausa)* No se da cuenta de cuánto nos duele.

ASTRID: ¡Siempre tan egoísta!

DIEGO: ¿Cómo será todo cuando él ya no esté?

DORIS: ¿Cómo fue capaz de hacer algo así?

DIEGO: Y pensar que por un momento estuvo a punto de convencerme.  
(Solo de violonchelo).

### ESCENA III

**De cómo una decisión no necesariamente se convierte en un trato.**

Aquella tarde de sábado, Marco había invitado a jugar cartas en su apartamento a Doris, su madre; Astrid, su hermana y a Diego, su pareja. Antes de siquiera pasar a la mesa y barajar el primer juego, Marco se sintió apesadumbrado y cambió abruptamente los saludos de rigor por una noticia que dejó sin palabras a sus seres queridos. Mientras Marco continuaba hablando, los demás permanecían perplejos:

MARCO: No espero que lo comprendan, pero esta es mi decisión. Tampoco espero que me apoyen; pero, si no es así, al menos les pido que no interfieran...

DIEGO: Yo no podía dar crédito a lo que escuchaba. Jamás había visto a Marco tan decidido.

DORIS: Allí estaba mi muchacho, sentado en el sofá luego de habernos reunido; con la voz entrecortada, los ojos hinchados y la mirada triste.

DIEGO: Ustedes son mi familia, decía. Sólo quería que lo supieran.

ASTRID: Mis pensamientos cesaron por unos segundos. Parecía que había logrado por fin aquel estado ideal de “mente en blanco” que yo buscaba con insistencia cuando era soltera y me dedicaba al yoga y a la meditación. Pero sabía que aquél no era para nada el estado ideal: no me había unido al “absoluto” en un eterno “ahora”; no sentía un éxtasis místico, ni una alegría indescriptible..., simplemente estaba paralizada en cuerpo, mente y espíritu.

MARCO: Hace unas semanas que lo vengo pensando y me parece que es la mejor opción. Soy demasiado cobarde para hacerlo solo. Por supuesto, nadie más debe enterarse.

DIEGO: Los tres permanecíamos enmudecidos, prácticamente sin mirarnos. La habitación daba vueltas e instintivamente dirigíamos nuestras miradas en todas las direcciones para aminorar el mareo; al menos, eso era lo que yo hacía.

ASTRID: El mundo me daba vueltas, la habitación me daba vueltas, todo me daba vueltas.

DORIS: Una madre no debería sobrevivir a sus hijos..., no debería ser así. ¡Algo anda mal con la naturaleza! ¡Algo anda mal con Dios!

MARCO: Perdónenme por favor por este nuevo dolor que les causo. Sé que no es fácil de asimilar, y...

DIEGO: “Perdónenme por favor por este nuevo dolor”, decía Marco, mientras su voz se hacía más firme. Yo me derrumbaba por dentro, mientras imaginaba cómo se aproximaba inevitablemente un prematuro final.

DORIS: ¡Claro que era doloroso!, ¡por supuesto que no era fácil de asimilar! Me parece increíble que hace tan poco era sólo un niño, y que hoy ya no esté con nosotros.

ASTRID: En ese momento no podía perdonarlo, no quería perdonarlo. ¡Hoy tengo problemas para perdonarme a mí misma!

MARCO: ...este silencio no me ayuda mucho. Por favor, digan algo..., lo que sea. *(Pausa)*. Si quieren golpearme o insultarme háganlo, pero no me dejen así. Este silencio parece el de un funeral.

ASTRID: Comenzó por contarnos acerca de una organización en Suiza que lo hacía, y que ya había entrado en contacto con ellos..., yo no podía entender.

DIEGO: Que las leyes en nuestro país no lo permitían, y que por ello tuvo que informarse.

DORIS: Que en aquel otro país se podía hacer. Que lo acompañáramos..., los tres.

DIEGO: ¡Muerte asistida!

DORIS: ¡Eutanasia!

ASTRID: ¡Asesinato!

MARCO: Llegas allá y te instalan con tu familia en un pequeño apartamento. Ahí puedes permanecer el tiempo necesario hasta que sientas que estás listo. Entonces, vienen con una cámara de video y te preguntan si estás seguro de querer hacerlo. Tan pronto respondes afirmativamente, te dan un medicamento para que lo tomes, con un chocolate para que pases su amargura. Luego, simplemente te quedas dormido. *(Silencio)*. Díganme que me apoyan..., que no me dejen ir solo.... que es un trato.

*(Solo de violonchelo).*

#### ESCENA IV

**De cómo una decisión a la ligera puede llegar a sugerirse como un trato.**

Eran apenas las tres de la tarde de un día entre semana. Doña Doris permanecía con su oído pegado a la puerta de la habitación de Marco, mientras Astrid miraba insistente por la ventana que daba a la calle, esperando a que Diego se bajara de un taxi, o a que llegara corriendo por alguna de las esquinas. La hermana de Marco no supo en qué momento se distrajo; pero, cuando menos lo esperaba, Diego estaba introduciendo la llave en la puerta de entrada al apartamento.

*(Llave que entra en una cerradura. Perilla de la puerta que gira y cerrojo que se abre. Bisagra y puerta pesada de madera que se abren rápidamente).*

ASTRID: ¡Gracias a Dios llegaste!

DIEGO: A esta hora el tráfico es imposible. ¿Está todavía contra la puerta?

*(Puerta que se cierra de un golpe. Pasos desde la entrada. Llaves que regresan a un bolsillo. Pasos de hombre que son acompañados por pasos de tacones hasta la puerta de la habitación).*

DORIS: Esta encerrado. No se ha movido de allí. Sólo llora, se calma unos instantes y vuelve a llorar. No nos ha dicho una sola palabra.

DIEGO: Permítame, doña Doris, que ocupe su lugar. (*Escucha. Espera*). ¿Me escuchas, Marco?

(*Llanto intenso en crescendo desde dentro de la habitación*).

ASTRID: ¡No contesta!

DIEGO: Estamos preocupados por ti. ¡Abre la puerta, por favor!

MARCO: No.

DIEGO: ¡Dame una buena razón para no hacerlo!

MARCO: No puedo. No me puedo mover. Las piernas no me responden. Llevo varias horas de rodillas y no me responden.

DORIS: (*Para sí*) ¡Pobrecito!

DIEGO: ¡Tu mamá ya llamó a un cerrajero! ¡Debe estar por llegar! Trata de apoyarte en las manos y de moverte hacia la pared.

DORIS: Diego se pegaba a la puerta como queriendo abrazar a Marco del otro lado. “No tiene sentido, no tiene sentido”, repetía mi hijo con la voz constreñida por el llanto. “¿Qué es lo que no tiene sentido?”, le preguntó Diego, pero Marco no parecía escuchar.

DIEGO: Que de la embajada lo habían llamado por algunas inconsistencias en su solicitud, dijo cuando por fin desató la lengua, y que entonces no tenía el visado necesario para el viaje.

ASTRID: Que ya no podía esperar tanto.

DORIS: Que temía mucho que en unas pocas semanas ni siquiera nos pudiera reconocer.

ASTRID: Que el dolor ya era insoportable y que la morfina ya no lo podía aliviar.

DORIS: Que ya había tenido varios episodios de incontinencia y que se había tardado varias horas en limpiar..., que no nos había querido molestar.

DIEGO: Que había perdido otros dos kilos en la última semana.

DORIS: Que sus pies le pesaban como si fueran de plomo.

MARCO: Quiero que me recuerden como estoy ahora, cuando todavía puedo valerme por mí mismo. Ya no quiero que me tengan lástima.

DORIS: Entonces propuso un trato..., entre nosotros cuatro.

DIEGO: No supe si era lo más valiente o lo más absurdo que Marco había dicho en su vida.

ASTRID: Cuando dijo eso me puse a llorar como una niña. No me podía contener.

DORIS: Astrid lloraba a mares. Diego se tomaba la cabeza y no pudo permanecer sentado junto a la puerta.

DIEGO: Como pude me levanté y comencé a caminar como una fiera enjaulada por toda la habitación.

MARCO: ¿Qué dicen? (*Pausa*) ¡Hablen de una vez, carajo!

DORIS: Yo permanecía pasmada..., las lágrimas no me brotaban; tal vez porque no sabía por quién llorar, de quién me podía compadecer más, o a quién pertenecía el dolor más grande.

ASTRID: “Sólo déjenme morir”, nos decía.

DIEGO: “Durante mi próxima crisis, no me atiendan; sólo acompañenme”.

DORIS: “No me inyecten..., no me pongan el oxígeno..., sólo déjenme ir”.

MARCO: Nadie los culpará, nadie lo sabrá nunca..., sólo nosotros cuatro. No me inyecten..., no me pongan el oxígeno..., sólo déjenme morir.

*(Solo de violonchelo).*

## ESCENA V

**De cómo, pese al sabor dulce en la boca, un trato puede ser amargo.**

Aquel domingo, Marco y su familia almorzaron juntos en su apartamento. Diego cocinó, Astrid llevó el vino y doña Doris su apetito. Se trataba de un ritual que Marco insistía en mantener, como excusa para revivir viejas épocas, cuando él gozaba de buena salud y lo único que pretendía era integrar a su pareja a su vida familiar.

*(Cucharitas que se chocan contra platos pequeños, luego de atravesar postres de consistencia esponjosa).*

ASTRID: ¡Todo estaba delicioso! Tendrás que darme la receta del postre, Diego.

DIEGO: Es una fórmula que ha estado por años en la familia.

DORIS: ¿Y tú pretendes continuar con la tradición?

*(Cucharita que es puesta bruscamente en el plato de postre).*

MARCO: *(Molesto)* El hecho de que para Diego no sea posible darte nietos, no es motivo para que seas descortés, mamá.

DORIS: No comiences con tus ironías, Marco. Sólo era una pregunta suelta.

MARCO: Un hombre puede desempeñarse igual o mejor que una mujer en la cocina.

ASTRID: No otra vez, por favor. No creo que mamá tuviera ninguna mala intención con su pregunta.

DIEGO: *(Evadiéndose)* El secreto está en batir las yemas aparte...

MARCO: Luego de la Revolución femenina los hombres hemos conquistado espacios que tradicionalmente le pertenecían a las mujeres..., por ejemplo: La cama de otros hombres. ¡En eso Diego es todo un experto! Deberías pedirle unos consejos en ese sentido, Astrid; así tu marido podría sonreír de vez en cuando, y hasta dejaría de ser tan machista.

DIEGO: *(Evadiéndose)* Se dejan reposar las yemas mientras se baten las claras hasta el punto de nieve y luego se incorporan. Mi abuela cernía la harina con la paciencia que le daban las canas.

ASTRID: Esto es bochornoso, Marco.

MARCO: ¡Bochornoso! Bochornoso es que todos coman, beban y se inscriban al “Club de elogios mutuos” sin importar lo que está sucediendo realmente.

*(Cucharita que es puesta bruscamente sobre la mesa del comedor. Silla de madera que se corre bruscamente sobre el piso de tablilla).*

ASTRID: ¡Nos vamos, mamá!

DIEGO: (*Evadiéndose y conciliador*) ¡La paciencia de mi abuela!

MARCO: ¡Tú metes de nuevo tu gran culo en esa silla y dejas de decirle a mi mamá qué es lo que tiene que hacer! (*Silencio*)

DIEGO: (*Evadiéndose y conciliador*) Mi abuela me enseñó una variante igualmente útil: desatar la harina en un poco de la leche, la cual mamá agregaba hasta el final. Es un poco más engorroso, pero se esponja supremamente bien.

ASTRID: No voy a quedarme aquí presenciando otra de tus tradicionales pataletas. No te confundas, Marco. No soy tan condescendiente como lo son mamá y Diego como para quedarme escuchando tus impertinencias. Si ellos se quieren quedar aplaudiendo a su “niño malcriado” allá ellos.

*(Pasos decididos de tacón que se dirigen a la puerta de entrada. Mano que gira la perilla...).*

MARCO: Si abres esa puerta, puedes ir olvidando que tienes un hermano.

DORIS: ¡Por favor, niños!

DIEGO: (*Evadiéndose*) La cobertura puede ser a gusto de quien cocina. Mi abuela lo hacía con chocolate. Yo lo hago con chocolate amargo... me parece que contrasta bien, pues puede volverse muy hostigante si se le añade más dulce.

ASTRID: (*Desde la puerta*). ¿Quieres que me quede para compadecerte porque estás enfermo? No sueñes con que lo voy a hacer, porque no te tengo lástima..., ya no más. Tengo lástima por mi mamá, que pretende complacerte porque quiere hacer más llevaderos los últimos días de su hijo preferido, mientras éste la trata como a una sirvienta. Siento pena por este hombre maravilloso, que te ama incondicionalmente y al cual tú no has podido corresponder ni con la mitad del amor que él te profesa, porque eres demasiado egoísta para darte cuenta de ello. ¡Que te vas a morir! ¡Si..., todos vamos a morir, pero cada uno a su tiempo; no nos quieras arrastrar tras de tí hacia tu miserable tumba!

*(Mano que suelta la perilla. Incómodo silencio).*

DIEGO: (*Evadiéndose, conciliador y muy lentamente*) Engrasar y enharinar bien el molde; si no, desmoldar puede volverse una odisea. (*Pausa*). ¡Creo que iba muy rápido! (*Silencio*).

MARCO: ¡Perdón! ¡Perdón a todos! No sé lo que me pasa..., en ocasiones, ni yo mismo me soporto. Sé que soy caprichoso, impulsivo y grosero. (*Pausa*). Les ofrezco excusas..., saben que no es fácil para mí hacerlo. (*Silencio*).

DIEGO: (*Con ironía*) ¡Lo puedo anotar todo, si quieren! (*Pausa*) ¿Alguien quiere más postre?

MARCO: (*Conciliador. Atendiendo por fin a Diego*). Ya que será una receta compartida, podrían seguir llamando a este postre con mi nombre... a mi memoria. (*Pausa*) ¿Qué piensan? ¿Es un trato?

*(Solo de violonchelo).*

**ESCENA VI**

**De cómo quien hace un trato, puede interpretarlo a su manera.**

El espacio es el silencio. Irrumpen unos pasos atormentados, de ritmo irregular, arrastrando un dolor que ha superado con creces a cualquiera que pueda sentirse, pues es un dolor del alma. Un pie, desnudo, de talón pesado y calloso; el otro pie, viste la pantufla que se rehúsa a despegarse de la sudorosa y blanquecina piel. El sonido de ésta última parece marcar el compás de un corazón en arritmia, acompañando el caminar divagante del moribundo. La respiración es tenue, como la de un fantasma que no quiere ser visto. El torso está desnudo y brillante; el rostro, retorcido tras una máscara invisible con la mueca de un presagio fatal. Marco trae sus manos llenas, caídas a los costados por lo pesado de la carga. En su diestra y apenas suspendida por el cuello, una botella de whisky aún sellada; en la siniestra, un frasco fuertemente asido a la palma, acomodado misteriosamente, como si hubiese sido hecho a su medida. La mirada gira en todas las direcciones sin posarse; perdida, vagabunda. Unos cuantos giros y la inercia lleva a Marco al centro de la habitación. Las piernas se quiebran por las rodillas y el delgado cuerpo se hincan con el rostro mirando al infinito. La cabeza pende hacia atrás y casi de inmediato se abalanza hacia delante, mientras el infortunado hombre abraza fervorosamente su preciosa carga contra su pecho. Un sollozo suena furioso desde su seca garganta, y los ojos se hundan casi hasta la nuca por la presión de los constreñidos párpados. Un segundo, una eternidad y los ojos viajan desde el fondo del infierno para volver a ver el mundo, abriéndose paso entre los humedecidos párpados que apenas se entreabren. Los brazos del faraón momificado en vida se apartan para depositar sobre el altar terreno los vasos ceremoniales que hacen parte del ritual: Un “toc” grave y certero, seguido de un tímido borbotillo, emite la botella al chocar contra el piso, al tiempo que un microsismo sacude la habitación. Luego que el sonido de aquel instante reverberó en el cabeza de Marco hasta casi hacerla estallar; centellearon en el aire cientos de punzantes cascabeles; llamado litúrgico, augurio de la muerte encerrado en un recipiente plástico ya sin etiqueta. Marco ya no puede más: se desgaja su alma en llanto, y su cuerpo la alcanza si más remedio. Trata de acallar sus lamentos pues le caló fuertemente la frase que su hermana mayor le dijo luego de romperle la boca: “¿acaso eres nena? Los niños no lloran”. Torpemente rompe el primer sello, el de la botella que terminaría por dar *bouquet* al “coctel de la muerte”. El primer trago va directo a su boca, pero tiene que refrenar su impulso pues recuerda que debe ofrecer en sacrificio aquel primer sorbo para las ánimas en pena; aquellas que lo estarían esperando para vivir con ellas en el limbo de los suicidas; almas decididas que cambiaron las penas insufribles de la vida por los tormentos de la soledad del entremundo. Un primer chorro al aire, para calmar la sed de las sedientas almas..., el segundo, remarcando el charco del primero, más generoso incluso, para estar seguro de haberse granjeado sus favores. Los labios ásperos se pegan a la boca de la botella. Un trago desproporcionado llena las mejillas y luego se abre paso por la estrecha garganta, abriendo sus pilares de par en par con el ímpetu de una avalancha. Ningún gesto acompaña el acto; es frío y resuelto. La tapita blanca, en cambio, es desenroscada con temor: cada giro semeja una vuelta de “la rueda del Samsara”, aunque sin la

posibilidad, siquiera remota, de tener en algún momento la cabeza hacia arriba. Un trozo de algodón, impertinente, se interpone entre el miserable y el anhelado cúmulo de pepas; promisorio banquete barbitúrico. Primero una, suspendida entre los labios flácidos y los incisivos, hasta que la resolución vuelve. Luego, otra, acompañada esta vez por el alcohol como pasante; para no atragantarse como con la anterior pastilla. Otras cuatro de una manotada, que requieren de dos sorbos para lograr la empresa... Marco recuerda que no era tan hábil como para pasar “todo tipo de cosas” por su garganta. El frasco al piso, los somníferos desperdigados y una sonrisa de triunfo que termina pronto por desdibujarse en una mueca de total angustia. Marco ya no se sienta más sobre sus talones..., estira sus piernas y se acuna en el piso sobre uno de sus brazos. Quiere chupar su dedo pulgar, pero recuerda que hacía años lo había dejado. Pierde su mirada en el vacío mientras trata de fijar un punto en la pared sin decidirse. Por fin, el niveo algodón que venía en el frasco se interpone entre su indecisión y la cómoda del otro lado de la habitación..., lo toma sin pensarlo mucho y lo atrapa para que no escape. Lo mantiene contra su corazón galopante hasta que se pone boca arriba y estira sus piernas. Luego, abre un pequeño agujero entre el pulgar y el índice y pellizca un trocito de nieve. Lo enrolla hábilmente. Con la misma mano lo corta en dos, y con lágrimas en los ojos, introduce los trozos en sus dilatadas fosas nasales. Desmadeja por fin su mano y respirando por la boca, se dedica a cumplir con el trato que se había hecho: ¡Esperar a la muerte!

*(Solo de violonchelo).*

## ESCENA VII

**De cómo cientos de tratos pueden ser un único trato.**

Es una tarde cálida. El sol del atardecer entra por las ventanas, tiñendo de naranja el aire del apartamento de Marco. En la habitación, Doris y Astrid ponen orden, sacando todas las cosas de armarios y cajones, y guardando meticulosamente todos los objetos personales de Marco en numerosas cajas de cartón. Diego entra apresurado con una bandeja en sus manos.

*(Ropa doblada que cae hasta el fondo de una gran caja de cartón. Pasos de hombre que ingresan al cuarto. Bandeja, platos y cucharas que se acompañan con los pasos para luego posarse sobre la mesa de noche).*

DIEGO: Señoras, es hora de dejar la tarea un momento: ¡Llegó el postre!

ASTRID: Gracias Dieguito, pero vamos a tener que dejarlo servido: ¡Estamos muy gordas!

DORIS: No hables por mí, Astrid. Yo no tengo por qué preocuparme por los gorditos..., ya no tengo a quien impresionar. ¡Pásame un pedazo de esa delicia!

DIEGO: Usted está muy joven, doña Doris. Todavía puede conseguir un novio.

*(Plato y cuchara que son separados de la bandeja y que viajan por el aire entre un lado y otro de la cama).*

DORIS: Noooo mijito... aunque pudiera no lo haría. Yo estoy muy feliz sola, sin nadie que me diga qué debo o qué no debo hacer. Pero alguien más debería conseguirse a otra persona. ¡Mmmm, este “marquito” está delicioso!

ASTRID: ¡Mamá! Marco todavía no se enfría y tú ya le estás diciendo esas cosas a Diego.

DORIS: Me refería a ti.

ASTRID: ¡Estoy casada, Doris!

DORIS: Mal casada, Astrid. Pero también se lo podría estar diciendo a Diego.

¿Por qué no? ¡Semejante hombre tan bien parecido!

ASTRID: *(Evadiéndose)* ¿Qué quieres que haga con este vestido, Diego?

DORIS: ¡No se te ocurra cambiar la conversación, Astrid!

DIEGO: Ese está casi nuevo, podríamos ponerlo en esa caja, junto con las cosas para el ancianato.

ASTRID: Marco acaba de morir, mamá. No parece tener respeto por su memoria.

DIEGO: No, esa no. Esa es la de las cosas inservibles que él nunca quiso botar. En aquella del fondo, en la caja más grande.

DORIS: Por respeto a su memoria sigo con mi vida ya sin dolor, porque lo que hice por mi hijo fue un acto de amor.

ASTRID: ¡Pareces muy contenta!

DIEGO: *(Evadiéndose)* Voy a separarte algunas de las películas, Astrid. Hay cantidades de ellas en esta caja. Algunas ni siquiera las he visto.

DORIS: Por supuesto que estoy feliz. ¿Por qué no habría de estarlo?

ASTRID: ¡Porque acaba de morir tu hijo consentido!

DORIS: ¿Quieres que vista de negro, deje de maquillarme y llore amargamente cada veinte minutos? No lo voy a hacer, no lo quiero hacer y le prometí a Marco que no lo haría..., fue un trato.

DIEGO: *(Incómodo)*. Las de aventuras y las de dibujos animados se las llevas a tus hijos y yo me quedo con las comedias románticas.

ASTRID: Yo también se lo prometí. Pero tengo derecho a estar triste.

DORIS: ¿Acaso no fuiste la mejor hermana que alguien pudiera tener?

ASTRID: No lo sé..., creo que sí. No sé lo que él pensaba.

DIEGO: *(Triste)*. Ésta es mi favorita: Julia Roberts va a cuidar un enfermo de leucemia y se enamora de él. Viven un romance intenso mientras él se alivia un poco, pero recae.

DORIS: De verdad lo pensaba así. Me lo dijo.

ASTRID: No lo sabía... *(Pausa)* Me va a hacer mucha falta. *(Silencio)*.

DORIS: Ven acá y dame un abrazo, hija. *(Pasos)*. Tuve mucho tiempo para hacer el duelo de tu hermano. Meses antes de que él muriera ya lo había llorado una eternidad. Ahora me siento muy orgullosa de él, y de nosotros. Con Marco aprendimos muchas cosas. Marco está ahora con su padre..., tranquilo, feliz.

DIEGO: Yo también prometí ser fuerte, pero no lo estoy logrando. Es irónico, Marco nunca quiso vivir conmigo; pero ahora siento mi casa más vacía de lo que siempre ha estado.

DORIS: Diego, ¿quieres quedarte con las cenizas de mi hijo?

DIEGO: Usted era su madre. Usted las debería conservar.

DORIS: Las conservarás tú... con una condición: ¡Los fines de semana vendrás a visitarme!

DIEGO: Marco decía que cuando él muriera, llevara sus cenizas de visita a su casa los fines de semana, doña Doris.  
 DORIS: ¡Entonces es un trato! Aunque a ustedes nunca les permitieron casarse, yo gané otro hijo cuando ustedes se conocieron.  
 ASTRID: Mamá, no digas más cosas por favor, que ya no puedo contenerme.  
 DORIS: Les propongo algo: ya que Diego se quedará con las cenizas, y con la mayoría de las películas, yo me quedaré con Bruno para que me haga compañía. Astrid se quedará con la receta del postre. Los fines de semana nos reuniremos en mi casa; tú llevaras las cenizas (*Dirigiéndose en ese momento a Diego*): tú llevarás las cenizas, yo abriré la puerta del jardín para que los niños puedan ir a jugar con el perro y los tres, juntos, haremos el postre. ¿Qué les parece? ¿Es un trato?  
 ASTRID, DIEGO: ¡Es un trato!  
 ASTRID: Yo propongo algo más: ¿podríamos llorar unos veinte minutos sin que Marco se dé cuenta?... Sucede que ya no resisto más y estoy a punto de estallar.  
 DORIS, DIEGO: ¡Trato hecho! Ninguno se lo dirá.

(Solo de violonchelo).

## ESCENA VIII

**De cómo un trato no es sólo un trato.**

Tres meses de vida le había dado a Marco el doctor Iriarte; dos meses habían pasado desde entonces. Los turnos que Doris, Astrid y Diego se habían distribuido para cuidar al enfermo y evitar así que se quedara solo y pudiera volver a atentar contra su vida, se habían convertido en un acompañamiento constante, que ninguno de los tres quería dejar. ¡Ahora era importante hacerlo de esta manera! Los turnos ahora eran para dormir en el sofá. Diego había sacado por fin todas las semanas de vacaciones que le debían en su trabajo y únicamente iba a su casa para cambiarse de ropa. El esposo de Astrid se ocupaba de los niños y de Bruno; y la suegra de ésta era ahora la mujer del hogar. Doris iba cada tercer día a su casa para regar las plantas, y a constatar que sus ahorros continuaran en el tarro de galletas. Esa noche de sábado, Marco dormía con sus huesos enterrados en el colchón; Doris dormía en el sofá luego de treinta y seis horas sin poder conciliar el sueño; Diego y Astrid se encontraban con Marco en su habitación, hablando sobre el momento que irremediablemente se aproximaba:

MARCO: (*Con voz débil*) ¿Qué están murmurando ustedes dos?

ASTRID: Hablamos de política.

MARCO: Por supuesto, política.

DIEGO: ¿Dormiste bien?

MARCO: No me cambies el tema, Diego. Estaban hablando de mí y quiero participar.

ASTRID: No hablábamos de ti... no exactamente.

MARCO: El cáncer no me ha enviado metástasis a los oídos. Los escuché. ¡Todavía hablan de lo mismo! (*Silencio*). Por un momento ponte en mi lugar,

Astrid. Si tú estuvieras en una situación como en la que yo estoy, y me pidieras que no te retuviera más, yo te dejaría ir..., te ayudaría.

ASTRID: No estoy segura. Es un caso hipotético y no soy yo quien en la realidad se enfrenta a esa situación.

MARCO: (*En voz alta*) ¡Y soy yo quien está muriendo!

DORIS: Marco gritaba en su habitación. Salté del sofá como si tuviera veinte años y de un paso estaba abriendo de par en par la puerta de su habitación. “¿¿Qué sucede?!” Grité, temiendo lo peor..., pero comprendí la situación cuando vi a Astrid y a Diego junto a Marco, tratando de tranquilizarlo.

ASTRID: Cuando mamá entró a la habitación, Marco se sintió aliviado de pronto. Sonrió con una placidez que hacía mucho tiempo no se dibujaba en su rostro y sus ojos brillaron nuevamente.

DIEGO: Marco me tomó del brazo y me hizo entender que quería que lo ayudara a incorporarse. Lo recliné hacia mí y Astrid colocó un almohadón alto tras su espalda.

MARCO: ¿Dónde habías estado, mamá?

ASTRID: “En la sala” le respondió mi madre ya más tranquila. “Papá y yo te estábamos esperando” le respondió Marco con tono angustiado. “Ya le conté que me habían echado del colegio” añadió “y está de acuerdo con que me inscriba en la academia militar” enfatizó Marco con su débil voz, mientras se decidía por la mejor manera de acomodarse sobre su cama.

DIEGO: Yo me quedé helado. Me petrifiqué. Astrid tuvo que ayudarme a recostar a Marco pues a mí se me detuvo el mundo. Lo contuve del pecho pues quería incorporarse y me asusté aún más. Su respiración se agitaba cada vez que hablaba, se entrecortaba y su voz se hacía casi inaudible.

MARCO: Perdóname, mami. No quise que me sacaran de ese colegio. Sé cuánto luchaste por un cupo con los jesuitas.

ASTRID: Mamá permaneció parada a los pies de la cama. Sonrió y le respondió como si fuera todavía un niño: “no te angusties, Marquito. Tu papá y yo te seguimos queriendo, igual que siempre”.

DIEGO: “¡Deja espacio para que papá se sienta!” le pidió Marco a su hermana, mientras trataba de asirla por el brazo y de ubicarla del otro lado de la cabecera.

DORIS: Astrid estalló en llanto, como solía hacerlo; pero terminó por complacerlo y se dejó llevar por el deseo de Marco, haciendo espacio en la cama. Ella se había prometido no volver a llorar delante de Marco, pero esta vez, tuvo que olvidar su promesa.

DIEGO: Marco miró a su hermana fijamente y pareció comprender de nuevo su situación. Su pecho comenzó a inflarse desmesuradamente mientras le sostenía la mirada.

ASTRID: ¡Se está agitando demasiado!

DIEGO: Tranquilízate, Marco. Respira profundo. Todos estamos aquí.

DORIS: Mi hijo entró en pánico. Miró a Diego por un instante y luego clavó sus ojos en mi indefensa humanidad. Yo me quedé petrificada, parada como una estatua frente a la cama, víctima de la impotencia.

ASTRID: Diego era el único que, hasta ese momento, parecía manejar la situación. Abrazó al amor de su vida acunándolo tal y como un padre lo haría con un hijo que despierta a la mitad de la noche, aterrado por una pesadilla, y lo arrullaba diciéndole:

DIEGO: Tranquilo, tranquilo. Respira profundo, mi amor. Respira, respira. Todos estamos aquí.

MARCO: Perdón, perdón...

DORIS: Yo permanecía en silencio, tratando de dar una imagen de fortaleza a mi hijo... Fue entonces cuando, sin saber por qué razón, le sonreí.

ASTRID: Mi hermano dejó de implorar perdón. Mientras procuraba respirar, una sonrisa entrecortada por sus intentos fallidos por llenar sus pulmones, terminó por devolverme la calma: Era la misma sonrisa que tenía mi madre.

DORIS: En ese instante todo fue claro para mí: ¡había llegado la hora!

DIEGO: Astrid, se ha puesto peor. Rápido, el inhalador, el oxígeno...

ASTRID: Diego hablaba; pero yo no le escuchaba. Era como estar avanzando vertiginosamente entre un túnel, mientras el tiempo en mi cabeza avanzaba en cámara lenta.

DIEGO: ¡Astrid, Astrid!

DORIS: Diego perdió la calma. Dejó de gritar y abandonó a Marcó sobre el almohadón. Corrió al lado de la cama donde mi hija se encontraba. Tomó el inhalador y abrió la válvula del oxígeno. Asió fuertemente la mano de Astrid y le entregó bruscamente la careta. Pasó de nuevo detrás de mí; lentamente, entre sollozos reverberantes y lejanos en mi cabeza; entre raudos recuerdos, aún vivos, de mi extraordinario hijo.

ASTRID: Me quedé con la careta en la mano, viendo como Diego tomaba a mi hermano por la nuca y trataba torpemente de hacer que las inhalaciones coincidieran con alguna de sus constreñidas y mínimas tomas de aire.

DORIS: ¡Ayúdalo, Diego!

DIEGO: ¡Es lo que trato de hacer, doña Doris, pero no puedo hacerlo solo!

DORIS: ¡Quítate! Déjame hacerlo a mí.

DIEGO: Doña Doris fue tan imperativa, que me paré de inmediato y le di mi lugar. “No estabas ayudando” me dijo, mientras abrazaba amorosamente a Marco sobre su regazo y acariciaba su cabeza huesuda.

DORIS: Tranquilo mi bebe. Todo va a estar bien.

DIEGO: Pero, ¿Qué hace? ¿Qué hacen? El inhalador..., el oxígeno.

DORIS: No lo estabas ayudando, hijo. (*Pausa*). Si quieres hacer algo por él, toma su mano; déjalo ir. (*Pausa*). Toma su mano también tú, Astrid. (*Pausa*). Eso es..., lo ven. (*Pausa*). Ya pronto pasará mi bebe..., ya pronto pasará..., ya pronto pasará...

*(Solo de violonchelo)*

OSCURO

Carlos Molano. Correo electrónico: [kamolano@hotmail.com](mailto:kamolano@hotmail.com)

Todos los derechos reservados.  
Buenos Aires. 2014

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación a Investigación Teatral  
Buenos Aires. Argentina. [www.celcit.org.ar](http://www.celcit.org.ar)  
Correo electrónico: [correo@celcit.org.ar](mailto:correo@celcit.org.ar)